

Donde se cuenta lo que le sucedió á Don Quijote yendo á ver á su señora Dulcinea del Toboso.

¡BENDITO sea el poderoso Alá! dice Hamete Benengeli al comienzo deste octavo capítulo: ¡bendito sea Alá! repite tres veces; y dice que da estas bendiciones, por ver que tiene ya en campaña á Don Quijote y á Sancho; y que los lectores de su agradable historia pueden hacer cuenta que, desde este punto, comienzan las hazañas y donaires de Don Quijote y de su escudero: persuádeles que se les olviden las pasadas caballerías del ingenioso hidalgo, y pongan los ojos en las que están por venir, que desde ahora en el camino del Toboso comienzan, como las otras comenzaron en los campos de Montiel; y no es mucho lo que pide, para tanto como él promete; y así, prosigue diciendo:

Solos quedaron Don Quijote y Sancho; y, apenas se hubo apartado Sanson, cuando comenzó á relinchar Rocinante y á sospirar el rucio, que de entrambos, caballero y escudero, fué tenido á buena señal y por felicísimo agüero; aunque, si se ha de contar la verdad, mas fueron los suspiros y rebuznos del rucio, que los relinchos del rocín; de donde coligió Sancho, que su ventura habia de sobrepujar y ponerse encima de la de su señor, fundándose no sé si en astrología judiciaria, que él se sabia, puesto que la historia no lo declara; solo le oyeron decir que, cuando tropezaba ó caía, se holgara no haber salido de casa; porque, del tropezar ó caer, no se sacaba otra cosa sino el zapato roto ó las costillas quebradas; y, aunque tonto, no andaba en esto muy fuera de camino. Dijo Don Quijote: "Sancho amigo: la noche se nos va entrando á mas andar, y con mas escuridad

de la que habíamos menester para alcanzar á ver con el dia al Toboso, adonde tengo determinado de ir antes que en otra aventura me ponga, y allí tomaré la bendicion y buena licencia de la sin par Dulcinea, con la cual licencia pienso y tengo por cierto de acabar y dar felice cima á toda peligrosa aventura, porque ninguna cosa desta vida hace mas valientes á los caballeros andantes, que verse favorecidos de sus damas.—Yo así lo creo, respondió Sancho; pero tengo por dificultoso que vuesa merced pueda hablarla ni verse con ella en parte á lo menos que pueda recibir su bendicion, si ya no se la echa desde las bardas del corral por donde yo la ví la vez primera, cuando le llevé la carta donde iban las nuevas de las sandeces y locuras que vuesa merced quedaba haciendo en el corazon de Sierra Morena.—¿Bardas de corral se te antojaron aquellas, Sancho, dijo Don Quijote, adonde ó por donde viste aquella jamás bastantemente alabada gentileza y hermosura? No debian de ser sino galerías, ó corredores, ó lonjas, ó como las llaman, de ricos y reales palacios.—Todo pudo ser, respondió Sancho; pero á mí, bardas me parecieron, si no es que soy falto de memoria.—Con todo eso, vamos allá, Sancho, replicó Don Quijote; que, como yo la vea, eso se me da que sea por bardas que por ventanas, ó por resquicios ó verjas de jardines; que, cualquier rayo que del sol de su belleza llegue á mis ojos, alumbrará mi entendimiento y fortalecerá mi corazon, de modo que quede único y sin igual en la discrecion y en la valentía.—Pues en verdad, señor, respondió Sancho, que cuando yo ví ese sol de la señora Dulcinea del Toboso, que no estaba tan claro que pudiese echar de sí rayos algunos; y debió de ser que, como su merced estaba aechando aquel trigo que dije, el mucho polvo que sacaba se le puso como nube ante el rostro, y se le escureció.—¿Qué todavía das, Sancho, dijo Don Quijote, en decir, en pensar, en creer y en porfiar que mi señora Dulcinea aechaba trigo, siendo eso un menester y ejercicio que va desviado de todo lo que hacen y deben hacer las personas principales que están constituidas y guardadas para otros ejercicios y entretenimientos, que muestran á tiro de ballesta su principalidad? Mal se te acuerdan á tí, ¡oh Sancho! aquellos versos de nuestro poeta, donde nos pinta las labores que hacian, allá en sus moradas de cristal, aquellas cuatro ninfas que del Tajo amado sacaron las cabezas, y se sentaron á labrar en el prado verde aquellas ricas telas que allí el ingenioso poeta nos describe, que todas eran de oro, sirgo y perlas contextas y tejidas: y desta manera debia de ser el de mi señora cuando tú la viste, sino que la envidia que algun mal encantador debe de tener á mis cosas, todas las que me han de dar gusto trueca y vuelve en diferentes figuras que ellas tienen: y así, temo que en aquella historia que dicen que anda impresa de mis hazañas, si por ventura ha sido su autor algun sábio mi enemigo, habrá puesto unas cosas por otras, mezclando con una verdad mil mentiras, divirtiéndose á contar otras acciones fuera de lo que requiere la continuacion de una verdadera historia. ¡Oh envidia, raiz de infinitos males, y carcoma de las virtudes! Todos los vicios, Sancho, traen

un no sé qué de deleite consigo; pero el de la envidia no trae sino disgustos, rancores y rabias.—Eso es lo que yo digo tambien, respondió Sancho; y pienso que en esa leyenda ó historia que nos dijo el bachiller Carrasco que de nosotros habia visto, debe de andar mi honra á coche acá cinchado, y, como dicen, al estricote, aquí y allí barriendo las calles: pues á fe de bueno, que no he dicho yo mal de ningun encantador, ni tengo tantos bienes que pueda ser envidiado: bien es verdad que soy algo malicioso, y que tengo mis ciertos asomos de bellaco; pero todo lo cubre y tapa la gran capa de la simpleza mia, siempre natural y nunca artificiosa: y cuando otra cosa no tuviese sino el creer, como siempre creo, firme y verdaderamente en Dios y en todo aquello que tiene y cree la Santa Iglesia Católica Romana, y el ser enemigo mortal, como lo soy, de los judíos, debian los historiadores tener misericordia de mí, y tratarme bien en sus escritos; pero digan lo que quisieren, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano, aunque, por verme puesto en libros y andar por ese mundo de mano en mano, no se me da un higo que digan de mí todo lo que quisieren.—Eso me parece, Sancho, dijo Don Quijote, á lo que sucedió á un famoso poeta de estos tiempos, el cual, habiendo hecho una maliciosa sátira contra todas las damas cortesanas, no puso ni nombró en ella á una dama, que se podia dudar si lo era ó no; la cual, viendo que no estaba en la lista de las damas, se quejó al poeta diciéndole, que qué habia visto en ella para no ponerla en el número de las otras, y que alargase la sátira, y la pusiese en el ensanche; si no, que mirase para lo que habia nacido. Hizolo así el poeta, y púsola cual no digan dueñas, y ella quedó satisfecha por verse con fama, aunque infame. Tambien viene con esto lo que cuentan de aquel pastor que puso fuego y abrasó el templo famoso de Diana, contado por una de *las siete maravillas del mundo*, solo por que quedase vivo su nombre en los siglos venideros; y aunque se mandó que nadie le nombrase, ni hiciese por palabra ó por escrito mencion de su nombre, por que no consiguiese el fin de su deseo, todavía se supo que se llamaba Eróstrato. Tambien alude á esto lo que sucedió al grande Emperador Carlos V con un caballero, en Roma. Quiso ver el Emperador aquel famoso templo de la Rotunda, que en la antigüedad se llamó el *Templo de Todos los Dioses*, y ahora, con mejor vocacion, se llama *de Todos los Santos*, y es el edificio que mas entero ha quedado de los que alzó la gentilidad en Roma, y es el que mas conserva la fama de la grandiosidad y magnificencia de sus fundadores: él es de hechura de una media naranja, grandísimo en extremo, y está muy claro, sin entrarle otra luz que la que le concede una ventana, ó, por mejor decir, claraboya redonda que está en su cima, desde la cual, mirando el Emperador el edificio, estaba con él y á su lado un caballero romano, declarándole los primores y sutilezas de aquella gran máquina y memorable arquitectura; y, habiéndose quitado de la claraboya, dijo al Emperador: Mil veces, Sacra Majestad, me vino deseo de abrazarme con Vuestra Majestad y arrojarme de aquella claraboya